

to necesitaba. Tratóse de nombrar capitán general, y para ello se reunió el Congreso el 15 de Setiembre, presidiéndolo el vocal Verduzco; el nombramiento recayó por unanimidad en Morelos, pero lo rehusó alegando ineptitud; Verduzco le hizo instancia, y como el diputado Quintana propusiese que se dejara libre al Congreso para deliberar y fué adoptada esta opinion, los soldados que asistían á la sesión interrumpieron el acto, pretendiendo que se obligara á Morelos á aceptar supuesto que le aclamaban el pueblo y el ejército, y entre la confusión se acordó que el jefe en cuestión se retirara por dos horas, que permaneció en la sacristía de la iglesia donde era la reunión, y entretanto el Congreso resolvió que no era admisible la renuncia y reconoció á Morelos como primer jefe del ejército y depositario del poder ejecutivo de la administración pública, quedando así nombrado primer presidente.

Morelos aceptó con las condiciones de que si venían tropas extranjeras no se habían de acercar al lugar donde residía el Congreso; que por su fallecimiento había de tener el mando el jefe de mayor graduación, sin romper la unidad del ejército y del gobierno; que el Congreso no le había de negar recursos y auxilios sin exceptuar á clase alguna del servicio militar. Prestó el juramento de defender la religión, la pureza de María Santísima, los derechos de la nación americana, y desempeñar lo mejor que pudiera el empleo que ésta se había servido conferirle. El Congreso le dió el título de Alteza que no quiso admitir, dándose él mismo el de «Siervo de la Nación.» Después de ese acto hizo el Congreso la declaración de independencia, tan luego como Morelos estuvo de regreso en Chilpancingo, cuyo lugar había dejado por un poco de tiempo para visitar los puntos militares del Mescala. Insistía el generalísimo en que se hiciera esa declaración para hacer tomar su verdadero color á la revolución, que desde el principio había dado por sentado que se trataba de separar la colonia de la madre patria, cuyo pensamiento era el de todos los mexicanos, y vuelto ya al trono Fernando VII, era una inconsecuencia el proclamarlo y no obedecerlo, así, á pesar de las razones que espuso Rayón, el Congreso decretó la independencia por medio de un documento importante que redactó D. Carlos María Bustamante.¹

El Congreso decretó el restablecimiento de los jesuitas, y Morelos llevó adelante la

1 El Congreso de Anáhuac, legítimamente instalado en la ciudad de Chilpancingo de la América Septentrional, por las provincias de ella, declara solemnemente á presencia del Señor Dios, árbitro moderador de los imperios y autor de la sociedad, que los dá y los quita, según los designios inescrutables de su Providencia, que por las presentes circunstancias de la Europa, ha recobrado el ejercicio de su soberanía usurpada; que en tal concepto, queda rota para siempre jamás y disuelta la dependencia del trono español: que es árbitro para establecer las leyes que le convengan, para el mejor arreglo y felicidad interior: para hacer la guerra y la paz y establecer alianzas con los monarcas y repúblicas del antiguo Continente, no ménos que para celebrar concordatos con el Sumo Pontífice romano, para el régimen de la Iglesia católica, apostólica romana, y mandar embajadores y cónsules: que no profesa ni reconoce otra religión, más que la católica, ni permitirá ni tolerará el uso público ni secreto de otra alguna: que protegerá con todo su poder y velará sobre la pureza de la fé y de sus dogmas, y conservación de los cuerpos regulares. Declara por reo de alta traición á todo el que se oponga directa ó indirectamente á su independencia, ya protegiendo á los europeos opresores, de obra, palabra ó por escrito; ya negándose á contribuir con los gastos, subsidios y pensiones para continuar la guerra, hasta que su independencia sea reconocida por las naciones extranjeras: reservándose el Congreso presentar á ellas, por medio de una nota ministerial, que circulará por todos los gabinetes, el manifiesto de sus quejas y justicia de esta resolución, reconocida ya por la Europa misma. Dado en el palacio nacional de Chilpancingo, á seis días del mes de Noviembre de 1813.—Lic. Andrés Quintana, vice-presidente.—Lic. Ignacio Rayón.—Lic. José Manuel de Herrera.—Lic. Carlos María Bustamante.—Dr. José Sixto Verduzco.—José María Liceaga.—Lic. Cornelio Ortiz de Zárate, secretario.

abolición de castas, quitó el tributo, dejando una alcabala de cuatro por ciento, abolió la esclavitud, quiso que se alistaran en cada pueblo la mitad de los hombres útiles, y que hicieran ejercicio con las armas que pudieran proporcionarse; prohibió el juego de azar y los naipes, y pretendió que cada clase se dedicara exclusivamente á llenar sus ocupaciones. Eximió á los americanos de la obligación de pagar las deudas á los europeos hasta entonces, y extinguió los estancos de cobres y pólvora. Queriendo que el Congreso se estableciera en Valladolid, arregló una expedición sobre esa ciudad, que deseaba hacer la base de sus operaciones sobre las provincias de Guanajuato, Guadalajara y S. Luis Potosí, y salió de Chilpancingo el 7 de Noviembre á poner en planta su proyecto. Marchó por Tlacotepec, Tetela y Tlalchapa, pasando en balsas por el Mescala la artillería, reunió en Cutzamala las divisiones de Matamoros, de Bravo y de Galeana, y llegó á Huetamo tocando en Carácuaro, Tacámbaro y Tiripitío, situándose el 22 de Diciembre en las lomas de Santa María, frente á Valladolid, con cinco mil hombres, treinta cañones, y abundantes municiones y pertrechos, defendiendo la población atacada una guarnición de ochocientos hombres, los que sin embargo fueron suficientes para rechazar á los independientes, debido á la estrategia empleada por Iturbide.

A la una de la tarde del 23 de Diciembre intimó rendición Morelos, dando término de tres horas, al fin de las cuales hizo marchar á Galeana y á Bravo con orden de que se apoderaran de la garita del Zapote, para cortar las fuerzas que pudiera recibir la plaza; fué rudo el combate librado para tomar el fortín situado cerca de la garita, el cual tuvieron que abandonar los independientes al ser reforzadas las tropas realistas. En la noche del 24 salió Iturbide de la plaza con ciento noventa hombres de caballería é igual número de infantes montados en las grupas, é introduciéndose en el campo de los insurgentes logró que se batieran entre sí, y que después de algunas horas de desastroso combate huyeran en todas direcciones, sin atender á las voces de los jefes que los llamaban; perdiéronse todos los materiales, la gente y dinero reunidos durante una serie de campañas felices, y también la confianza, precioso tesoro sin el cual se retardarían las nuevas conquistas y tal vez ni aun se intentaría sostener las ya conseguidas. Arrastrado por el torrente de los dispersos, se dirigió Morelos á la hacienda de Chupío, donde se detuvo á reunirlos y continuó á Puruarán perseguido por las fuerzas de Iturbide y Llano, á quienes esperó en ese lugar haciéndoles frente con los restos desbaratados que le acompañaban, y no se quedó con las tropas sino que puso á la cabeza de ellas á Matamoros y él siguió para la hacienda de Santa Lucía. En Puruarán acabaron de perderse las armas y municiones y se desbandaron los restos del ejército independiente cayendo prisionero Matamoros.

De ahí en adelante ya no contó Morelos sino desdichas, y nada pudo contener su ruina. En la hacienda de Cuitzian remontó su escolta, volvióse sombrío al notar que se nulificaban sus esfuerzos, y que desaparecían aquellos á quienes daba el título de compañeros y amigos, y porque sabía que su conducta era comentada desfavorablemente, lo que siempre sucede en la adversidad. En Cirándaro, donde reunió cerca de mil de los dispersos, supo que perseguido el Congreso había huido de Chilpancingo, y al llegar á Coyuca propuso al virey el cange de Matamoros por prisioneros españoles que retenía en diversos puntos de la costa, amenazando con que los haría matar si era fusilado Matamoros; éste lo fué en Valladolid el 3 de Febrero, y en su lugar nombró en Ajuchitlan, Morelos segundo suyo, á D. Juan B. Rosains, cuyo nombramiento fué mal recibido por los otros jefes. Hizo marchar tropas para defender al Congreso, y en compañía

de Sesma marchó á Tepantitlan con el fin de reconocerlo para fortificarse, pero no le pareció bien el lugar para el intento.

Morelos habia sostenido las adversidades con perseverancia, pero aun le quedaba mucho que sufrir. Renacidas en el seno del Congreso las antiguas rencillas y divisiones que tan solo pudo detener la gloria del vencedor, vinieron las pretensiones y los desdenes hácia el vencido, y se procedió á despojarle del ejercicio del poder ejecutivo, que el generalísimo resignó con noble desprendimiento, agregando que si no le consideraban útil para mandar serviría en el ejército como último soldado; pero el Congreso le dejó el mando militar, despojándolo del civil. La desgracia jamás deja su comitiva de dolores; así Rosains fué derrotado por Armijo en la hacienda de Chichihualco, y el Congreso tuvo que dejar á Tlacotepec el 23 de Febrero de 1814, saliendo al dia siguiente Morelos con sesenta hombres para escoltarlo y trescientos desarmados; alcanzada la corporacion ese mismo dia en el rancho de las Animas se perdieron los archivos, los equipajes y todo cuanto quedaba, salvándose casualmente el general que perdió hasta el uniforme de su último grado, y dirigiéndose á Tehuehuentla por la sierra de Tepantitlan, reunió algunos dispersos y llegó á Tecpam, y despues á Acapulco, habiendo procurado disuadir á Galeana de que no abandonara la buena causa. Desmanteló aquella fortaleza y se retiró al Pié de la Cuesta, desde donde dió órdenes ó su subalterno Montes de Oca para que incendiara la ciudad, que ocuparon el 13 de Abril los realistas subordinados á Armijo, perdiéndose tan fácilmente un punto que tanto sacrificio habia costado, y cuando ya estaban en Oaxaca los realistas y faltaban los campeones Matamoros y Galeana. Tanto golpe tenia entristecido el esforzado corazon de Morelos, cuando observaba que la tenaz y vengativa desgracia no cesaba de perseguirlo.

Perdidos los puntos del Pié de la Cuesta y del Bejuco, se retiró á Tecpam, hácia donde destacó Armijo desde Coyuca una fuerza de ochenta infantes y cincuenta caballos para aprehenderlo, pero sabiéndolo pudo huir á Petatlan y despues á Zacatula, en cuyos lugares mandó matar á todos los españoles prisioneros, siguiendo el uso bárbaro de sus enemigos de hacer la guerra á muerte con el título de represalias. Retiróse al campo de Atijo, punto aislado en una llanura de la provincia de Michoacan, y fortificó la posicion trabajando en las obras personalmente, estableció una maestranza y se dedicó á reclutar y organizar gente como en los primeros dias de la insurreccion, y llamó al campo «de los Cincuenta Pares» por los cien soldados que componian su escolta. El Congreso tenia que mudar continuamente de lugar, siempre perseguido, y al pasar de Uruapam á la hacienda de Santa Efigenia se le unió el general con los trescientos hombres con que contaba, tributándosele los honores correspondientes á su grado, y para desvanecer los rumores que corrian acerca de divergencia, publicó el Congreso en Tripitlío un manifiesto el 15 de Junio, en que recomendaba á los americanos la constancia para no sucumbir al peso de las adversidades. Poco despues, al saber Morelos la muerte de D. Hermenegildo Galeana, exclamó: «Acabaron mis dos brazos; ya no soy nada.» Reunido el Congreso siguió activando la conclusion del Código constitucional, que fué sancionado en Apantzingan el 22 de Octubre de 1814, firmándolo Morelos como diputado por el nuevo reino de Leon, y tambien firmó la acta de independencia el 24 del mismo, siendo ya uno de los miembros del Poder Ejecutivo.

Privado Morelos de mandar soldados por la categoría que se le dió, fué inutilizado por el Congreso el hombre que habia presentado pruebas patentes de aptitud en la campaña y que apenas daba señales de su actividad en medio de una corporacion deliberan-

te, tomando el mando militar tan solo en circunstancias determinadas. Sabiendo el Congreso que Iturbide habia hecho una marcha rápida para sorprenderlo, huyó la corporacion á Puruarán y Morelos puso en salvo los archivos, la imprenta y lo demas, y salió de la poblacion frente al enemigo en 6 de Mayo de 1815. Tambien hizo una expedicion militar para apoderarse de la persona del Dr. Cos que desconocia al Congreso, y la última comision que le dió el Cuerpo legislativo le costó la vida. Habia determinado esa corporacion trasladarse á Tehuacan donde creyó estar fuera de peligro; pero tenia que atravesar con una grande comitiva, entre las divisiones enemigas, ciento cincuenta leguas sin provisiones ni medios de transporte, y la ejecucion de tan arriesgado proyecto fué confiada á Morelos, autorizándolo especialmente para el caso. Reunió en Huetamo hasta mil hombres con los mejores gefes que quedaban; quinientos de estos soldados estaban armados con fusiles, incluso doscientos de la escolta del Congreso que mandaba Lobato, los demas llevaban diversas clases de armas disponiendo de dos cañones, y ordenó á Sesma, Guerrero y Terán que se presentaran á recibirle y sostenerle en el paso del Mescala.

El 29 de Setiembre emprendió su marcha el Congreso partiendo de Uruapam donde tenia su residencia, y dejó una Junta subalterna en la provincia de Valladolid para que en su ausencia ejerciera todos los poderes, formándola el general Muñiz, el Lic. Ayala y los Sres. Rojas, Pagola y Carbajal, cuya Junta eligió á Taretán para residir. Los miembros de los tres poderes recibieron seiscientos pesos cada uno para el viaje, y con los equipajes, archivos, municiones y demas, formaban un convoy considerable. Todos recibian racion como soldado, acampaban al raso y caminaban en formacion rigurosa. Sabiendo Calleja por diversos conductos la marcha del Congreso, dictó sus disposiciones militares, siendo una de ellas que el teniente coronel D. Manuel de la Concha se dirigiera á Temascaltepec con la seccion de su mando, para resguardar ese rumbo, y como Morelos podia haber seguido cuatro distintas vías, todas las fuerzas de Sur y Poniente de México se pusieron en movimiento hácia el Mescala, formando una línea respetable. Cuando por haber pasado el caudillo de Huetamo á Cutzamala no hubo ya duda de que seguia la orilla del Mescala, se adelantó Concha á marchas forzadas hasta Teloloapam para ponerse en combinacion con el comandante de ese punto Eugenio Villasana, y seguir á Morelos hasta alcanzarlo y derrotarlo, al mismo tiempo que se disponia que en la otra orilla estuviese Armijo, para que Morelos quedara entre las dos fuerzas, y no sabiéndose por donde haria el paso del rio á causa de que el caudillo habia tomado sus disposiciones para amenazar varios pasos, mandando preparar raciones en distintos lugares, estuvo á punto de frustrar los planes del virey y los gefes que lo perseguian. Pero habiendo avisado el capitán Ortiz de la Peña que el paso de los independientes seria por el vado de Tenango, forzó Concha sus marchas para caer ahí oportunamente, llamando á varias secciones de realistas y á la caballería que mandaba D. Manuel Gomez Pedraza.

Morelos llegó á Tenango el 2 de Noviembre y no encontrando las balsas creyó que se las ocultaban; mandó quemar al pueblo y fusilar al capitán de los realistas y vadeando el rio llegó á Tescmalaca el dia 3, á seis leguas de Tenango, y dió á su tropa un dia de descanso, lo que fué su ruina, pues Concha, sabiendo los movimientos de Morelos, activó su marcha y se halló al otro lado del rio á las once de la noche del dia 4, y permitiendo solamente tres horas de descanso á su tropa, se presentó á las nueve del dia siguiente frente á la retaguardia de Morelos, que marchaba para el pueblo de Coesala.

Este gefe hizo que se adelantaran los diputados con todos los bagajes, y para proteger la retirada ocupó dos alturas sucesivas con trozos de gente que se retiraron al acercarse los realistas, pero en las lomas contiguas presentó batalla con los cuerpos al mando de Bravo, Lobato y el suyo inmediato; derrotados en su ala derecha se pusieron los independientes en fuga, emprendiéndola Morelos por un cerro grande inmediato á la loma en que habia formado su centro, conduciendo un carro que tuvo que abandonar y se metió por una cañada acompañado de pocos, pero uno de los prisioneros indicó á los realistas la direccion que llevaba; perseguido de cerca dijo á los que le acompañaban que se volvieron como pudiesen, y mientras se quitaba las espuelas para poder huir por las breñas, fué alcanzado por el capitán de realistas de Tepecoacuilco, Matías Carranco, que ántes habia servido á las órdenes del mismo Morelos, y al verle éste le dijo sin alterarse: «Sr. Carranco, parece que nos conocemos.» La captura fué solemnizada en el campo realista con aplausos y dianas, repitiéndose las muestras de entusiasmo donde quiera que llegaba Concha, y en la capital al saber el suceso; en Tenango fué puesto Morelos en compañía del P. Morales en la única pieza que habia quedado libre del incendio; ahí le fueron á ver los oficiales realistas y preguntado por el gefe Villasana, que ya se habia unido á Concha, lo que con ellos habria hecho en caso de cogerlos, les contestó que solamente les habria dado dos horas para que se prepararan y luego los habria fusilado.

El prisionero fué llevado por Concha á México, aunque Villasana le disputaba la gloria del combate; el virey los ascendió á ambos á coroneles, dió un distintivo á Carranco y gratificaciones á la tropa; la marcha fué por Tepecoacuilco, llegando el reo el 21 á las cuatro de la tarde á S. Agustin de las Cuevas, cargado de grillos, entre los ultrajes de una soldadesca desenfadada y en medio del insultante regocijo de los pueblos dominados por el fanatismo religioso, y entró á México en la madrugada del 22, en cuyo mismo dia comenzaron las actuaciones, estando nombrados con anticipacion los jueces por la jurisdiccion unida, siéndolo por la real el subdecano y auditor de la capitania general D. Miguel Bataller, y por la eclesiástica D. Félix Flores Alatorre, provisor del arzobispado; se le hizo saber al reo, preso en las cárceles secretas de la Inquisicion, que podia nombrar defensor, y contestando que á nadie conocia le fué señalado por el provisor el Lic. D. José María Quiles, abogado que no tenia la práctica del foro, y que aun estaba en el Seminario, previniéndole los jueces presentara la defensa en la mañana del 23.

Más grande que en ninguna otra ocasion muéstrase Morelos al contestar los cargos que se le hicieron; á nadie quiso culpar para salvarse, y ante la tumba mantuvo la dignidad y la firmeza; al cargo de que habia promovido la independencia y desconocido á Fernando VII, contestó que, primero, no estaba Fernando en España, y que aunque hubiera regresado, era motivo bastante para desconocerlo el que se hubiera puesto en manos de Napoleon, entregándole la España como un rebaño de ovejas, y que habia corrompido su creencia religiosa; á los cargos sobre ejecuciones contestó que él las habia dispuesto todas, cumpliendo con las órdenes de la Junta de Zitácuaro, del Congreso de Chilpancingo y en virtud de la ley de represalias; no negó haber dado órdenes para quemar las poblaciones cercanas á las que ocupaban las tropas del gobierno; se reconoció culpable en haber desatendido las amonestaciones del arzobispo Lizana; dijo que consideró inválidas las excomuniones lanzadas contra los insurgentes en cuanto á que á una nacion independiente, como la consideraba con los que formaban su partido, no podian imponerlas más que el Papa ó un Concilio; sostuvo que no se habia creído obligado á obedecer al Sr. Abad y Queipo porque no lo consideraba obispo, y los males

causados por la revolucion los atribuyó á que en ésta siempre hay mucho que lamentar; pero que cuando él entró á ella no creyó que se causasen, y que ya estaba dispuesto á ir á España á ponerse á las órdenes del rey ó pasarse á Nueva-Orleans ó Caracas; aseguró que durante la revolucion se habia abstenido de decir misa considerándose irregular, y contestó á otros varios cargos aunque no de grande importancia.

El defensor solamente pidió que no se diera al reo pena capital y se manejó con talento aprovechando las disculpas espuestas por Morelos, presentándolas como errores del entendimiento y aun se apoyó con habilidad en el estado que guardaba España, manifestando que el mismo Fernando desconocia lo que habian hecho las Cortes durante su ausencia y que Morelos tampoco habia querido reconocerlas, y concluyó ofreciendo en nombre del reo, que si se le concedia la vida manifestaria planes con los cuales quedaria pacificado el pais; esto y las instrucciones que dió al virey para la prosecucion de la guerra con buen resultado, y la intencion que dijo habia tenido de separarse de la revolucion para presentarse al rey, son los pocos actos de debilidad de que dió pruebas Morelos durante su prision, cuando el aislamiento y el encierro habian debilitado algo su voluntad. El auditor Bataller remitió al arzobispo Fonte la causa para que el reo fuera degradado y se hiciera entrega de él, lo que el prelado rehusó alegando que tambien habia de imponerle las penas que mereciese, previo el conocimiento judicial del delito; nombrada una junta eclesiástica fué sentenciado el reo á la privacion de todo beneficio, oficio y ejercicio de orden y á la degradacion que habia de ejecutar el obispo de Oaxaca y luego entregaria el provisor al reo á la autoridad secular designada anteriormente por el virey.

La Inquisicion presentó el 27 de Setiembre en traje de escarnio á Morelos y le hizo veintitres cargos reducidos á los que ya habian hecho los comisionados de la jurisdiccion unida, agregando otros. Se le acusó de haber comulgado cuando se lo impedía la excomunion, que no rezaba el oficio divino, que habia enviado un hijo suyo á los Estados-Unidos para que se educase en los principios protestantes, y que habia tenido conducta relajada, á todo lo cual contestó con fuertes razones; no obstante las cuales el tribunal lo consideró hereje formal negativo, fautor de herejes, perseguidor y perturbador de la gerarquía eclesiástica, profanador de los Santos Sacramentos, traidor á Dios, al rey y á la patria, y como á tal lo declaró irregular para siempre, depuesto de todo oficio y beneficio, y lo condenó á que asistiera á su auto en traje de penitente con sotanilla y vela verde, á que hiciera confesion general y tomara ejercicios, y para el caso remoto de que se le perdonara la vida, á una reclusion por todo el resto de ella en Africa, á disposicion del inquisidor general con obligacion de rezar todos los viérnes del año, los salmos penitenciales y el rosario de la Virgen, fijándose en la iglesia Catedral de México un sambenito como á hereje reconciliado. Los diversos cargos fueron hechos por una junta compuesta de todos los teólogos consultores, á la que asistió el comisionado del obispo de Michoacan. El auto público de Fé fué celebrado en el salon principal del tribunal por los dos inquisidores Flores y Monteagudo, el fiscal Tirado, todos los demas ministros y cerca de trescientas personas de lo más selecto de la sociedad mexicana. «Colocados todos por su orden en sus respectivos lugares, los alcaldes y secretarios del tribunal sacaron á Morelos de la cárcel secreta por la puerta que interiormente comunicaba con el salon, vestido con una ropilla ó sotana corta hasta la rodilla, sin cuello y descubierta la cabeza en señal de penitente.» La concurrencia acogió al reo con un murmullo de curiosidad impaciente,

y sentado Morelos en un banquillo sin respaldo frente al dosel del tribunal, uno de los secretarios leyó el proceso que comprendía la confesion con cargos.

Terminada la lectura de la causa, dispuso el inquisidor decano que el reo abjurara sus errores é hiciera la protesta de fé, observando en la reconciliacion el ceremonial de la iglesia, recibiendo el prisionero de rodillas azotes con varas, dadas por los ministros del tribunal, mientras se rezaba el «Misere,» y en seguida se dijo la misa rezada con asistencia del mismo reo. Luego se procedió á la degradacion teniendo que atravesar Morelos de un extremo á otro de la sala con sambenito y vela verde, acompañándole algunos familiares del Santo Oficio; bajos los ojos y con paso mesurado se dirigió al altar, donde leída la sentencia por un secretario, se le revistió con los ornamentos sacerdotales de que le despojó el obispo de Oaxaca, segun el ceremonial de la iglesia; aquel acto conmovió á todos y únicamente Morelos permaneció sereno, no se inmutó y tan solo algunas lágrimas furtivas rodaron por sus mejillas, cuando le restregaron las manos. Concluida la degradacion, que por primera vez tenia lugar en México, fué entregado al poder militar que consumó su obra. El coronel Concha fué comisionado por el virey para formar el proceso, siendo el reo trasladado á la Ciudadela, donde estuvo con grillos y centinela de vista, custodiándole doscientos soldados del regimiento de Tlaxcala; practicáronse varias diligencias hasta el 1º de Diciembre, á nadie comprometió Morelos, que sostuvo siempre no haber hecho la guerra directa al rey, formó una minuciosa relacion de los hombres y recursos con que contaba la revolucion y aun ofreció formar un plan de las medidas que al gobierno le convendria tomar para la pacificacion; se le concedió el que hiciera ejercicios espirituales, formando capilla en la pieza de su prision, aplazando tambien el virey darle la muerte hasta que se sometieran los insurgentes que aun hostilizaban al gobierno.

El auditor Bataller habia pedido desde el 28 de Noviembre que el reo fuera fusilado por detras como traidor al rey, que se le amputara la cabeza para colocarla en la plaza de México, y la mano derecha en Oaxaca, y que se le confiscaran los bienes. Hasta el 20 de Diciembre condenó el virey á Morelos, de conformidad con el dictámen del auditor, á la pena capital; pero atendiendo á ciertas consideraciones, dispuso que la ejecucion fuera en el exterior de la capital; y que no sufriera el cuerpo amputacion de ninguna clase, y entonces se dió un nuevo indulto sin restriccion alguna. Concha intimó la sentencia al reo el 21 haciendo que la oyera de rodillas, é hizo llamar al cura Guerrero y otros eclesiásticos para disponerle á morir; aunque se le dijo que la sentencia seria ejecutada á los tres dias, ese gefe le hizo poner en su coche el siguiente dia 22 á las seis de la mañana, con el P. Salazar y un oficial, y escoltándolo la division de su mando tomaron el camino de la villa de Guadalupe. «Morelos iba rezando diversas oraciones y en especial los salmos «Miserere y De Profundis» que sabia de memoria; su fervor se encendia en cada plazuela que atravesaban de las varias que hay en el tránsito, creyendo que en alguna de ellas iba á ejecutarse la sentencia, y manifestaba mucho deseo de padecer en este mundo, temeroso de las penas del Purgatorio, aunque confiaba en la misericordia de Dios que sus pecados habrian sido perdonados. Al llegar á Guadalupe, quiso ponerse de rodillas, lo que hizo no obstante el estorbárselo los grillos, y habiéndose detenido el coche cerca de la capilla del Pozito, Morelos dijo con serenidad al P. Salazar: «aquí me van á sacar; vamos á morir.» Aun no era el lugar, pues solamente se desayunó y siguieron hasta San Cristóbal Ecatepec, pueblecillo de indígenas oculto entre montes de tierra salitrosa; ahí fué colocado en un cuarto

donde se guardaba la paja y tomó una taza de caldo; rezaba los salmos penitenciales, cuando el sonido de los tambores le anunció que estaban próximos sus últimos momentos; reconciliado con el P. Salazar, se quitó el capote que llevaba, se vendó él mismo los ojos con un pañuelo blanco y atados los brazos con los porta-fusiles de dos soldados que lo conducian, aumentando los grillos su dificultad para andar, fué llevado al recinto exterior del edificio, y habiendo oido que el oficial que mandaba la escolta, haciendo una señal en el suelo con la espada, dijo á los soldados «hínquenlo aquí,» preguntó: «¿aquí me he de hincar?» le contestó el P. Salazar, «sí, aquí; haga vd. cuenta que aquí fué nuestra redencion,» y puesto de rodillas y á la voz del oficial atravesaron cuatro balas por la espalda al hombre más extraordinario que tuvo nuestra revolucion por la independenciam, y como todavía se movia y quejaba, otras cuatro balas acabaron de extinguir su existencia quedando inmóvil en un lago de sangre.

Levantado el cadáver por el P. Salazar, le hizo vestir con el mismo capote que Morelos se habia quitado para el acto de la ejecucion, y lo enterró en la parroquia del mismo pueblo, á las cuatro de la tarde, en tanto que en México se publicaba un indulto amplísimo concedido por el virey, y varias noticias favorables á los realistas que cobraron alientos, pues aunque la reputacion de Morelos habia decaido despues de las derrotas de Valladolid y Puruarán, todavía no se habia acabado la nombradía que ganara, como lo probaron el ansia general de verlo y conocerlo y la importancia que dió el gobierno á todas las incidentes del proceso. Tenia Morelos cuerpo pequeño, lleno de carnes, rostro moreno, sus ojos eran de color oscuro y las cejas muy pobladas y unidas, su mirada era viva y profunda; grave y sañudo su aspecto y de carácter frio, no señalaba los afectos de su alma ni aun se inmutaba en los lances más difíciles de la vida. Modesto y de gran penetracion, sabia conocer á los hombres y emplearlos en los ejercicios para que eran aptos; reservado y astuto no confiaba sus planes hasta el momento de ejecutarlos, y á falta de grandes conocimientos poseia ingenio, agudeza y muchas dotes naturales. Era ameno en su conversacion, salpicándola con chistes y cuentecillos graciosos.

Vivió y murió pobre: hubo vez en que tuviera que vender sus vestidos para el pago de las tropas, y en la revolucion perdió los pocos bienes que le habian quedado. Apoyado en sus convicciones marchó abiertamente al logro de la independenciam; seguro de que estaba en su derecho al usar de represalias, fusilaba calculadamente á los gefes realistas que caian en su poder, y firme en sus ideas religiosas se presentaba con toda tranquilidad en el mayor peligro cuando se habia dispuesto como católico. En su escritura se reflejó su primera educacion: redactaba de una manera descuidada, usaba frases vulgares, palabras de campesinos y latinas, ponía textos de la Escritura en las banderas de sus tropas y daba nombres de santos á los regimientos; su apetito se aumentaba en el peligro; muy afecto á las pistolas llevaba siempre consigo varios pares de ellas, y comunmente usaba un pañuelo amarrado á la cabeza para evitar los dolores, ó una montera negra para resguardarse del aire. Fué hijo amante, hermano cariñoso y cumplido patriota. Verificada la Independenciam fué declarado benemérito de la Patria y colocados sus restos mortales en la Catedral de México, al lado de los de los otros héroes, que son nuestro noble orgullo. Recordémosles siempre para no perder el precioso legado que nos dejaron y sirvan de modelo á nuestro civismo, y de estímulo para imitarlos en cualquier caso en que nuestra patria se vea amenazada por los extranjeros.

A. MORELOS.

EN SU SALIDA DE CUAUTLA.

(Tomado del CUADRO HISTORICO de Bustamante.)

ODA.

Insólito calor mi pecho inflama:
Siento en el alma desusado brío:
Con imperiosa voz la cara patria
Cantar me manda sus heroicos hijos,
Y el divino valor, y el arte sumo
Con que á sus sangrientos enemigos,
En lid tan desigual vencer supieron
Legando asombro á los futuros siglos.
¡Sombras amigas, tenebrosa noche,
Madre del sueño, y del sabroso olvido,
Que á la creacion reparas descaecida,
Y eres á la fatiga único alivio!
¡Cuando los tigres y alimañas yacen
Bajo tu cetro de ébano adormidos,
El hombre solo, con el ojo atento,
Persigue al hombre; ni el menor resquicio
De esperanza ó de bien dejarle quieren
Su inmortal rabia y odio vengativo!
¡Oh noche! Torna los brillantes ojos
Al desolado Anáhuac, mira el sitio
Do un puñado de bravos invencibles
Resiste del Averno el poderío,
Cansa miles de crueles, y supera
Su furor, sus ardidés, y sus tiros,
Superior á la muerte que en mil formas
Le presentan el tiempo y su enemigo,
Sin dejarle momento de descanso,
Ni entre ignominia ó muerte algun partido.
¡Qué, se rindieron ya? ¡La peste acaso,
La hambre, la sed, y el número infinito
De balas y de males que contra ellos
Setenta días, y más, le han dirigido
La encruelecida suerte, y atroz bando
De viles y pagados asesinos,
Hundieron la esperanza de la patria,
Su único apoyo en el sepulcro frio?
Alto silencio en los espesos bosques;
Alto en los montes, en el valle y rio;
Hasta los vientos el aliento penan,
Nada se mueve, nada. ¡Oh cáos antiguo!
El génio del pavor en negra nube,
Sobre los labios puesto el dedo frio,
Abre los ojos más y más, y en vano
Busca cuerpo en las sombras, ó algun ruido,
Su atenta oreja, que otro no percibe
Que de su pecho el desigual latido.
¡Ay de Morelos! ¡Ay de la aguerrida
Gente que en mil encuentros sostenidos
De honor llenaron á la cara patria,
Su sien ornando del laurel divino!
Cuautila termina sus heroicas vidas;
Cuautila sepulta su valor invicto.
¡Júbilo cuanto para el bando opuesto!

¡Cuánto placer á su feroz caudillo!
Ellos locos dirán: "no se rindieron,
Más de nuestro valor victima han sido."
No así, no así: mil bocas infernales
Con espantable horrisono estallido,
Lanzan á un tiempo silbadoras balas,
El valle atruenan con letales ruidos,
Y con pálidas luces sucesivas
Más horrorosos tornan los sombríos;
¡Oh loco delirar, vana soberbia,
Que el patriótico esfuerzo has combatido,
Y con inmunda boca saboreabas
De antemano sus últimos residuos!
Mira al héroe de Anáhuac y á sus huestes
Mayores más en el mayor peligro;
Jamás domados, y medrosos nunca,
Con ardor marchan, y Mavorte mismo
Al héroe lleva de la diestra mano
Y guía á los suyos con potente auxilio.
¡Do las trincheras en que tanto fiabas
Y los aprestos del porfiado sitio?
¡Qué te valieron las espesas bandas
De fanáticos crueles y malignos
Que una vez y otra derrotadas antes
Aun te eran compañeros en delirio;
Ni posible siquiera imaginaron
Tan heroico valor, y alto designio?
Por donde más el enemigo astuto
Había agregado estorbos esquisitos,
Al arte fatigando, y á los suyos
Y puesto de sus tropas lo escogido:
Por allí rompe el héroe valeroso
Y dá á sus gentes cómodo camino.
En vano, en vano perseguirle quieren
O perturbar la marcha que ha emprendido,
Por buscar solo á su querida gente
Contra la hambre y la peste, grato asilo.
¡Ay del que osado se acercare un tanto!
¡Ay de los más resueltos y atrevidos!
Todos se encuentran, aunque honrosamente
De nuestros héroes en los duros filos;
Y cual los gozques que al mastin persiguen,
Si á ellos torna una vez, despavoridos
Toman la huida, y aun á gran distancia
Del can robusto temen los colmillos;
Así medrosos tras de intentos caros,
Se tornan los realistas confundidos.
¡Salve mil veces, noche venturosa
Que al héroe disteis amigable abrigo!
Gózate, ó Patria, de los héroes cuna,
Viendo ya salvos á los más queridos:
Hoy tu sien orna su mayor hazafia.
En su loor suenen, inmortales himnos.